Dará al cobarde animación y brío;
Y del radioso albor de su recuerdo
Un astro suspendido en el vacío,
Que será en los instantes de la prueba,
Cuando el cansancio nuestra frente amague
La antorcha sideral en donde el alma
Encenderá su fe cuando se apague.

1871

RASGO DE BUEN HUMOR

Y qué? Será posible que nosotros
Tanto amemos la gloria y sus fulgores,
La ciencia y sus placeres,
Que olvidemos por eso los amores,
Y más que los amores, las mujeres?

¿Seremos tan ridículos y necios
Que por no darle celos á la ciencia,
No hablemos de los ojos de Dolores,
De la dulce sonrisa de Clemencia,
Y de aquella que, tierna y seductora,
Aun no hace un cuarto de hora todavía,
Con su boca de aurora,

"No te vayas tan pronto," nos decía?
¿Seremos tan ingratos y tan crueles,
Y tan duros y esquivos con las bellas,

Que no alcemos la copa
Brindando á la salud de todas ellas?

Yo, á lo menos por mí, protesto y juro
Que si al irme trepando en la escalera
Que á la gloria encamina,
La gloria me dijera:

— Sube, que aquí te espera
La que tanto te halaga y te fascina;
Y á la vez una chica me gritara:
—Baje usted, que lo aguardo aquí en la esquina;
Lo juro, lo protesto y lo repito,
Si sucediera semejante historia,
Á riesgo de pasar por un bendito,
Primero iba á la esquina que á la gloria.

Porque será muy tonto
Cambiar una corona por un beso;
Mas como yo de sabio no presumo,
Me atengo á lo que soy, de carne y hueso,
Y prefiero los besos y no el humo,
Que al fin, al fin, la gloria no es más que eso

Por lo demás, señores,
¿Quién será aquel que al ir para la escuela

Con su libro de texto bajo el brazo,
No se olvidó de Lucio ó de Robredo
Por seguir, paso á paso,
Á alguna que nos hizo con el dedo
Una seña de amor, así... al acaso?
¿Ó bien, que aprovechando la sordera
De la obesa mamá que la acompaña,
Nos dice: — ¡No me sigas!
Porque mamá me pega y me regaña?

¿Y quién no ha consentido
En separarse del objeto amado
Con tal de no mirarlo contundido?

¿Quién será aquél, en fin, que no ha sentido
Latir su corazón enamorado,
Y á quién, más que el café, no ha desvelado
El *café* de no ser correspondido?

Al aire pues, señores,
Lancemos nuestros hurras por las bellas,
Por sus gracias, sus chistes, sus amores,
Sus perros y sus gatos y sus flores
Y cuanto tiene relación con ellas.

Al aire nuestros hurras
De las criaturas por el sér divino,
Por la mitad del hombre,
Por el género humano femenino.

1871.

EN EL TERCER ANIVERSARIO

DE LA

SOCIEDAD FILOIÁTRICA Y DE BENEFICENCIA

FALANGE de soñadores
Que de tu delirio en pos,
Marchas entre los negrores
De la vida, á los fulgores
Que en tu alma refleja Dios.

Juventud grande y ardiente
Que á la luz que centellea
Tu porvenir esplendente,
Muestras ceñida la frente
Con el laurel de la idea.

Tú, que llevando contigo
Cuanto hay de noble y humano

Al que miras sin abrigo,
En vez del nombre de amigo
Le das el nombre de hermano.

Tú, que siguiendo la huella
Que á tu conciencia se ajusta,
Has atesorado en ella
La virtud que te hace bella,
Y el saber que te hace augusta.

No cejes en tu camino
Aunque el destino te mande
Luto y penas de continuo,
Que si es muy fuerte el destino
Tú también eres muy grande.

Y si en tu alma de inspirada
Hay fuerza y valor de sobra
Para concluir la jornada,
Ya que tu obra está empezada,
Juventud, completa tu obra.

Sigue, sigue tras el vuelo
De esa virgen cuyo encanto
Forma tu vida y tu anhelo;

Sigue tu marcha hacia el cielo
De tus delirios, y en tanto,

Recibe de quien te admira
Proclamando tus victorias,
Los acentos de una lira
Que con tus glorias se inspira
Porque hace suyas tus glorias

1871

LÁGRIMAS

A LA MEMORIA DE MI PADRE

Quum subit illius tristissima noctis imago
Quæ mihi supremum tempus in urbe fuit:
Quum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
OVIDIO. — ELEGÍA III.

AUN era yo muy niño, cuando un día,
Cogiendo mi cabeza entre sus manos
Y llorando á la vez que me veía
"¡Adios! ¡Adios!" me dijo;
"Desde este instante un horizonte nuevo
Se presenta á tus ojos;
Vas á buscar la fuente
Donde apagar la sed que te devora;
Marcha... y cuando mañana
Al mal que aun no conoces
Ofrezcas de tu llanto las primicias,

Ten valor y esperanza,
Anima el paso tardo,
Y mientras llega de tu vuelta la hora,
Ama un poco á tu padre que te adora,
Y ten valor y... marcha... yo te aguardo.

Así me dijo, y confundiendo en uno
Su sollozo y el mío,
Me dió un beso en la frente...
Sus brazos me estrecharon...
Y después..... á los pálidos reflejos
Del sol que en el crepúsculo se hundía
Sólo vi una ciudad que se perdía
Con mi cuna y mis padres á lo lejos.

El viento de la noche
Saturado de arrullos y de esencias,
Soplaba en mi redor, tranquilo y dulce
Como aliento de niño;
Tal vez llevando en sus ligeras alas
Con la tibia embriaguez de sus aromas,
El acento fugaz y enamorado
Del silencioso beso de mi madre
Sobre del blanco lecho abandonado...

Las campanas distantes repetían
El toque de oraciones... una estrella
Apareció en el seno de una nube;
Tras de mi oscura huella
La inmensidad se alzaba...
Yo entonces me detuve,
Y haciendo estremecer el infinito
De mi dolor supremo con el grito:
"Adiós, mi santo hogar," clamé llorando;
"¡Adiós, hogar bendito,
En cuyo seno viven los recuerdos
Más queridos de mi alma...
Pedazo de ese azul en donde anidan
Mis ilusiones cándidas de niño...
Quién sabe si mis ojos
No volverán á verte...!
¡Quién sabe si hoy te envío
El adiós de la muerte...!
Mas si el destino rudo
Ha de darme el morir bajo tu techo,
Si el ave de la selva
Ha de plegar las alas en su nido,
¡Guárdame mi tesoro, hogar querido,
Guárdame mi tesoro hasta que vuelva!"

Las lágrimas brotaron
Á mis hinchados párpados... las sombras
Espesas y agrupadas, de repente
Se abrieron de los astros á la huella...
Cruzó una luz por lo alto, alcé la frente,
El cielo era una página y en ella
Vi esta cifra: — ¡Detente!
Detente... y á mi oído
Llegó como un arrullo de paloma
La nota de un gemido;
Algo como un suspiro de la noche
Rompiendo del silencio la honda calma;
Algo como la queja
De una alma para otra alma...
Algo como el adiós con que los muertos,
Del amor al esfuerzo soberano,
Saludan desde el fondo de sus tumbas
Al recuerdo lejano.

. . . . . .

Al despertar de aquel supremo instante
De letargo sombrío,
La noche de la ausencia desplegaba
Su impenetrable velo,
Sus sombras sin estrellas,

Su atmósfera de hielo...
Esa odiosa ceguez en que el ausente
Proscrito del cariño,
Cumple con su destierro, suspirando
Por sus recuerdos vírgenes de niño;
Ese inmenso dolor que hace del alma
En el terrible y solitario viaje,
Un árido desierto
En donde es un miraje cada punto
Y en donde es un amor cada miraje...

Y así de la ampolleta de mi vida
Se deslizaban las eternas horas
Sobre mi frente mustia y abatida,
Sonando al extenderse en lontananza,
Como una dulce estrofa desprendida
Del arpa celestial de la esperanza;
Así, cuando una vez, en el instante
En que la blanca flor de mi delirio
Desplegaba en los aires su capullo;
Cuando mi muerta fe se estremecía
Bajo sus ropas fúnebres de duelo,
Al ver flotando en el azul del cielo
El alma de mi hogar sobre la mía;
Cuando iba ya á sonar para mis ojos

La última hora de llanto,
Y se cambiaba en música de salve
La música elegiaca de mi canto;
Mi corazón como la flor marchita
Que se abre á las sonrisas de la aurora
Esperando la vida de sus rayos,
También se abrió... para plegar su broche,
Á las caricias del amor abierto,
Encerrando en el fondo de su noche
Las caricias de un muerto!...

En el espacio blanco y encendido
Por los trémulos rayos de la luna,
Yo ví asomar su sombra...
La gasa del sepulcro lo envolvía
Con sus espesos pliegues...
En su frente espectral se dibujaba
Una aureola de angustia, lo que dijo
Se perdió en la región donde flotaba...
Su mano me bendijo...
Su pecho sollozaba...
La sombra se elevó como la niebla
Que en la mañana se alza de los campos;
Cerré los ojos suspirando, y luego...
Oí un adiós en la profunda calma

De aquella inmensidad muda y tranquila,
Y al levantar de nuevo la pupila
¡El cielo estaba negro como mi alma!

En el reloj terrible
Donde cada dolor marca su instante,
El destino inflexible
Señalaba la cifra palpitante
De aquella hora imposible;
Hora triste en que el íntimo santuario
De mis sueños de gloria,
Vió su altar solitario,
Convertido su sol en tenebrario,
Y su culto en memoria...
Hora negra en que la urna consagrada
Para envolverte, ¡oh, padre!
Del cariño en la esencia perfumada,
Fué un sepulcro sombrío
Donde sólo dejaste tu recuerdo
Para hacer más inmenso su vacío,

¡Padre... perdón porque te amaba tanto,
Que en el orgullo de mi amor creía
Darte en él un escudo!

¡Perdón porque luché contra la suerte,
Y desprenderme de tus brazos pudo!
¡Perdón porque á tu muerte
Le arrebaté mis últimas caricias
Y te dejé morir sin que rompiendo
Mi alma los densos nublos de la ausencia,
Fuera á unirse en un beso con la tuya
Y á escuchar tu postrera confidencia!

Sobre la blanca cuna en que de niño
Me adurmieron los cantos de la noche,
El cielo azul flotaba,
Y siempre que mis párpados se abrían,
Siempre hallé en ese cielo dos estrellas
Que al verme desde allí se sonreían;
Mañana que mis ojos
Se alcen de nuevo hacia el espacio umbrío
Que se mece fugaz sobre mi cuna,
Tú sabes, padre mío,
Que sobre aquella cuna hay un vacío,
Que de esas dos estrellas me falta una.

Caíste... de los libros de la noche
Yo no tengo la ciencia ni la clave;

En la tumba en que duermes
Yo no sé si el amor tiene cabida...
Yo no sé si el sepulcro
Puede amar á la vida;
Pero en la densa oscuridad que envuelve
Mi corazón para sufrir cobarde,
Yo sé que existe el germen de una hoguera
Que á tu memoria se estremece y arde...
Yo sé que es el más dulce de los nombres
El nombre que te doy cuando te llamo,
Y que en la religión de mis recuerdos
Tú eres el dios que amo.

Caíste... de tu abismo impenetrable
La helada niebla arroja
Su negra proyección sobre mi frente,
Crepúsculo que avanza
Derramando en el aire trasparente
Las sombras de una noche sin oriente
Y el capuz de un dolor sin esperanza.

Padre... duérmete... mi alma estremecida
Te manda su cantar y sus adioses;
Vuela hacia tí, y flotando

Sobre la piedra fúnebre que sella
Tu huesa solitaria,
Mi amor la enciende, y sobre tí, sobre ella,
En la noche sin fin de tu sepulcro
Mi alma será una estrella.

1871